Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

47 **El secuestro de Aramburu (III)**



Suplemento especial de
Página|12

1

Supongamos que Aramburu dice:
–No es mucho lo que puedo decirles sobre el cadáver de Eva Perón.
Supongamos que Firmenich dice:
–No es el momento de hablar de eso.

Fernando se le acerca. Le gusta mirarlo fijo a Aramburu. Sobre todo cuando le dice frases de importancia. Como ahora.

–Usted está planeando un golpe de Estado. Si lo niega, no se lo vamos a creer. Tenemos buenas fuentes.

–Cuáles.

Fernando nombra un par de generales.

–Usted confunde amigos con conspiradores –dice Aramburu.

Con un gesto veloz, Fernando apaga el grabador. Es un Geloso que carga unos buenos años encima, pero ofrece esa seguridad de las cosas bien hechas. Dice:

–Ahora puede hablar tranquilo.

Aramburu no habla. Sólo dice:

–Tengo hambre.

Organizan una comida leve, ligera. Nada de vino. Sólo gaseosas. O agua. Cuando pone una Coca Cola sobre la mesa, Firmenich –que suele sonreír más que Fernando– comenta:

–El mejor invento del imperialismo.

Supongamos que Ramus –que va y viene, que oficia de contacto con la realidad exterior– ironiza:

–Para el general, el mejor invento del imperialismo es el imperialismo.

–Se equivocan conmigo –dice Aramburu–. No soy un agente del imperialismo. Onganía, sí. Yo soy un demócrata.

–No nos tome por tontos –dice Fernando–. Un demócrata no fusila a un compañero de armas en la Penitenciaría Nacional. Como a un delincuente. Como a un perro.

–También se equivoca. Eso fue en 1956. Yo no era un demócrata. Presidía un gobierno revolucionario. Habíamos derrocado a un dictador y teníamos que ser duros con quienes quisieran reponerlo. –Aramburu hace una pausa. Uno por uno, los mira a todos–: Ahora soy un demócrata. Soy un general que quiere un gobierno democrático y amplio para su patria. Amplio, no sé si soy claro. Con el peronismo incluido. Para eso tengo que voltearlo al bruto de Onganía. Para eso, no lo niego, conspiro junto a los generales que nombraron, todos hombres de bien, demócratas como yo.

–Gorilas como usted –dice Ramus, algo imprudentemente.

–No soy un gorila. Los gorilas me odian. Soy el menos gorila de los militares. Escuchen, Onganía se cae. No da más. Lo de Córdoba lo hundió. Sólo es cuestión de darle un empujón.

–¿Quién se lo va a dar? –pregunta Fernando, que lo sabe–. ¿Usted?

Aramburu come un poco de jamón crudo. También hay un buen queso de campo en su plato. Bebe Coca Cola.

–Muy bueno el jamón crudo –comenta–. Bien de campo. Estas cosas llegan degradadas a las ciudades. Son los intermediarios. Una de las desgracias de este país. Arruinan la pureza de los alimentos. O para venderlos más fácilmente o para aumentar las ganancias.

–O para las dos cosas –dice Firmenich.

–O para las dos cosas –acepta Aramburu.

–Pero no son los intermediarios –dice Fernando–. Es el capitalismo. El capitalismo no tiene moral.

–Vuelvo a lo de Onganía –dice Aramburu, ignorando el comentario de Fernando. Con el que, desde luego, no concuerda–. Caído Onganía, lo que hay que hacer es muy fácil. Un gobierno de transición.

–¿Otro más? –dice Fernando. Y ahora, burlón, se ríe.

–Otro más, no –dice Aramburu–. El último. Si lo presido yo es el último. Les doy mi palabra. Apenas si durará un par de meses. Sólo lo necesario para convocar a elecciones. Con la inclusión del peronismo. ¿Se dan cuenta? Con el peronismo adentro. Lo que piden desde 1955.

–¿Adentro de qué, general? –dice Fernando.

Aramburu suelta los cubiertos. Sorprendido, clava sus ojos en los de Fernando.

–¿Cómo de qué? –dice–. De la democracia.

Supongamos que Fernando dice:

–Del sistema de partidos. De la partidocracia. Del régimen.

–Yo hablo de la democracia, no del régimen –dice Aramburu, firme.

–Ya conocemos la democracia de ustedes, general. Cuando es mansa, la respetan. Cuando no, la tiran. Como a Perón.

–Perón no era la democracia –dice Aramburu–. Al menos, no como yo la imagino.

–¿Cómo la imagina usted? –pregunta otro compañero. Está sentado a la mesa, come. Habla poco. Su nombre no trascenderá. Nadie sabrá quién es, quién fue. No importa: sabemos que estuvo ahí. Podríamos, si quisiéramos, elegirle un nombre. No hay relato confiable sobre lo que narramos. Ni lo habrá. Sólo hay narradores privilegiados. Firmenich, sobre todo. El estuvo y él ofreció una narración de la historia. Pero se contradice burdamente a veces. Dice que Aramburu bajó amordazado al sótano en que Abal habrá de matarlo. Luego omite decir que le quitaron la mordaza. O no se la quitaron o no hubo mordaza. Porque, ¿cómo podría decir *Proceda* un hombre amordazado? Así que a este personaje al que se le dice *compañero* le diremos Julio. Total, habla poco. Y de aquí en más probablemente hable menos que poco. Una palabra o dos. Probablemente no hable. Ha dicho, sin embargo, algo importante.

–¿Cómo la imagina usted? –dice. Con ironía, tal vez. Porque todos saben que la democracia que Aramburu imagina no es la de ellos. Ellos, más bien, se cagan en la democracia. No les faltan motivos: nunca la conocieron, sólo fue una palabra en boca del régimen para justificar sus atropellos, para negarle al pueblo sus derechos. También los yanquis se llenan la boca con esa palabra. Y son los yanquis. Son eso que el Che dijo que eran: los enemigos del género humano.

–Hablo de una democracia que nadie conoce –dice Aramburu–. Que es nueva en este país. Que ni yo ni ustedes vivimos nunca.

2

La Gaby se ha sentado ante una máquina de escribir. ¿Cuál podría ser? ¿Una Olivetti, una Remington? Supongamos: una Lettera 32. ¿Escribe ella los comunicados o ya estaban escritos? Raro que ya estuviesen escritos. Nadie puede escribir el futuro. O prefigurarlo en *comunicados*. Probablemente Ramus –es *una* posibilidad– que ha ido de La Celma a la casa en que está Norma y luego ha regresado. Que se mueve sin que sepamos muy bien por dónde. Probablemente él sea quien le ha informado el desarrollo de los acontecimientos. Gaby redacta el primer *Comunicado* o le da forma definitiva al boceto que ya había escrito Fernando. El resultado es lo que sigue:

“Perón Vuelve
Comunicado N° 1

“Al pueblo de la Nación:

Hoy a las 9.30 hs. nuestro Comando procedió a la detención de Pedro Eugenio Aramburu, cumpliendo una orden emanada de nuestra conducción a los fines de someterlo a Juicio Revolucionario.

Sobre Pedro Eugenio Aramburu pesan los cargos de traidor a la patria y al pueblo y asesinato en la persona de veintisiete argentinos.

Actualmente Aramburu significa una carta del régimen que pretende reponerlo en el poder para tratar de burlar una vez más al pueblo con una falsa democracia y legalizar la entrega de nuestra patria. Oportunamente se darán a conocer las alternativas del juicio y la sentencia dictada. En momentos tan tristes para nuestra Argentina que ve a sus gobernantes rematarla al mejor postor y enriquecerse inmoralmente a costa de la miseria de nuestro pueblo, los Montoneros convocamos a la resistencia armada contra el gobierno gorila y oligarca, siguiendo el ejemplo heroico del general Valle y de todos aquellos que brindaron generosamente su vida por una Patria Libre, Justa y Soberana.

¡Perón o muerte! ¡Viva la Patria!
Comando Juan José Valle
MONTONEROS”

La Gaby se recuesta contra la silla. Repasa el texto. No lo puede creer. Carajo, ¡lo que hicieron! El despelote que se va a armar en el país. Se van a cagar en las patas cuando en las redacciones del cipayaje periodístico lean ese Comunicado. Se lo van a pasar de mano en mano. No van a saber si es auténtico o no. O peor: si es auténtico, no se van a animar a publicarlo. Y si lo publican será con el culo a cuatro manos.

Arrostito no se equivoca. El Comunicado sacude al país. Años después, en medio del terror de la dictadura de Videla, otro texto llegará a las redacciones: la *Carta* de Rodolfo Walsh a la Junta Militar. No asustó a nadie. En la revista *Gente* se la pasaban de mano en mano y se ahogaban de la risa. ¡Mírenlo al loco éste! ¿Quién se cree que es? El solo contra la Junta Militar. Deben estar temblando los Comandantes. Siempre fue un loquito ese irlandés. Ya lo deben haber metido en un horno. Esa revista estaba llena de “verdugos voluntarios de Videla”. Se mata de muchas maneras. Cuando el Ejército necesite fraguar la muerte de Arrostito, en *Gente* sacarán una tapa que se estudia y se estudiará como un ejemplo impecable de la banalidad del mal. Está la foto de la Gaby y –cubriéndola parcialmente– un sello burocrático, un sello de oficina estampado con fuerza, con brutalidad. La palabra impresa es: *Muerta*.

Pero el Comunicado N° 1 de Montoneros estremece a todos.

La cosa es grave.

En *Gente* acaso hayan repetido una frase dicha años atrás a causa del secuestro de un embajador extranjero en Guatemala: *¿En qué nos tendremos que transformar para sobrevivir?*

Exactamente en lo que se transformaron.

Para su desgracia, pocos habrán de averiguarlo tan exhaustivamente como Norma Arrostito.

Después del “aramburazo” se transforma en un mito. De aquí su permanencia excesiva en la ESMA. Su tortura se prolonga porque no quieren matarla. Es un trofeo. La Marina la exhibe con orgullo. Ellos la tienen. Tienen a la “concha” de los Montoneros. Le dicen así: la *concha* de los Montoneros. Hay secretas historias que la atrapan y le otorgan protagonismos sorprendentes. Que, en 1974, Perón, buscando desarmar la conducción de Montoneros, le dice a Juan Manuel Abal Medina que quiere hablar con ella. Pero, ¿cómo encontrarla? Y también: ¿puede Perón, en 1974, hablar con Norma Arrostito sin que los suyos, ese poderoso círculo nazi-fascista que él fortaleció, se lo impidan? ¿Puede haber algo más loco para ese Perón a meses de morir que hablar con la Gaby?

3

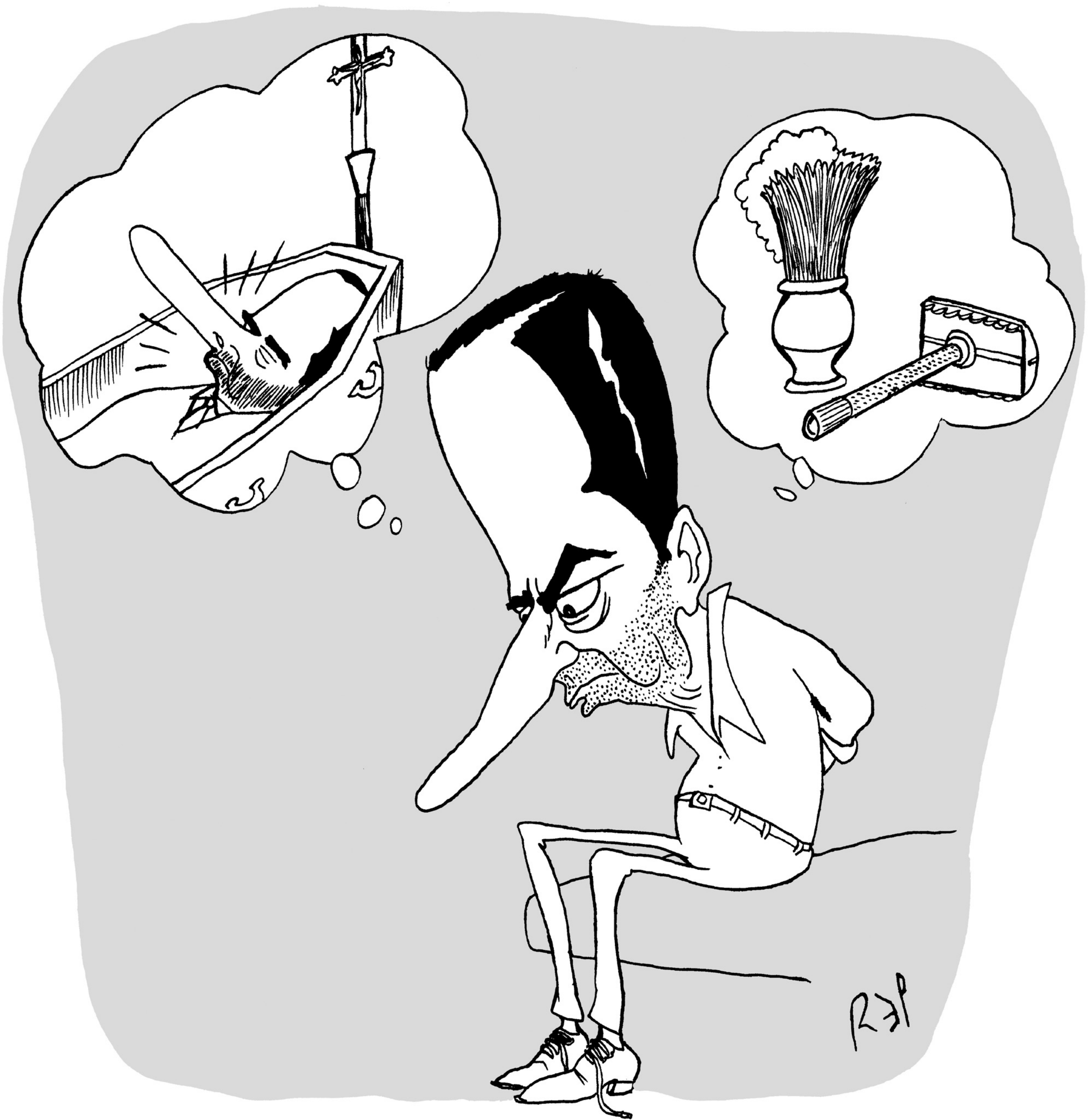
Aramburu sigue:

–La democracia de Perón era incompleta: marginaba a los antiperonistas. La de los antiperonistas también: lo marginó a Perón, los marginó a ustedes. Lo que nunca hubo fue una democracia para todos. Peronistas y antiperonistas. Un Congreso con todos los partidos. Un Estado que gobierne con sus tres poderes. Elecciones transparentes. Sin trampas, sin proscripciones. Esa es la democracia que yo imagino.

Fernando chupa de la bombilla de un mate. Se lo habrá pedido al Vasco Acébal. A Firmenich no le gusta que se le acerquen a Acébal. Fiel o no, el Vasco nada debe saber. Hasta ahora lo han mantenido lejos. O lo mandan al pueblo. O le dicen que haga sus tareas lejos de la casa. Si no hay nada que hacer por ahí, que lo invente.

–Escuche la radio, don Acébal –le ha dicho Firmenich. Casi sabe tratarlo mejor que Ramus. Le tiene algún afecto. Siempre *esa* clase de afecto: la del joven de privilegio que se acerca al gauchaje. No todos saben hacerlo. Hay que tener un par de cosas claras. De ideas claras y de sentimientos genuinos. No cualquier burguesito le da la mano a un capataz. O un abrazo, un abrazo de verdad, cálido. El Pepe, sí. Hasta llega a decirle algo que sorprende al Vasco–: Y si se aburre mucho váyase al pueblo y búsquese una buena hembra. Total, nosotros vamos a estar ocupados uno o dos días más. Por la comida, olvídese. Nosotros nos arreglamos. Aproveche, don Acébal.

El Vasco se va. No le dice que no ni que sí. Más bien lo avergonzó la propuesta de Firmenich. ¿Cómo va a abandonar la estancia de los patrones? No es su día franco. Para colmo, por una hembra. Pero el Pepe lo quiere silencioso. Lo quiere ausente. Si se precipitó en algo, si metió alguna pata, motivos no le faltaron. Sabe algo terrible. Si don



Acébal los descubre. Si por una de esas cosas lo ve a Aramburu. Si lo reconoce. Lo van a tener que matar. Y nadie quiere hacer eso. Y casi nadie querría hacerlo. Pero sería necesario. Raje de aquí, don Acébal. No se arriesgue al pedo. Aquí se juega la Historia. Y un hombre simple como usted tiene que estar lejos. No se manche de sangre. Usted es un inocente. Un alma de Dios. Déjenos a nosotros la carga pesada de hacer la tarea sucia. Búsquese una hembra. No joda. Es por su bien que se lo digo. De don Acébal ya no sabrán más. Se borra del relato.

–Le va a costar entenderlo, general –dice Fernando–. Pero esa democracia suya es lo que hace de usted el hombre más peligroso de la Argentina. Para nosotros, se entiende. ¿Habló ya con Perón?

–Todavía no. Pero tengo los mejores contactos. Gente fiel, honesta. Que me aprecia a mí. Que lo respeta a él. En cualquier momento, hablamos.

–Qué conmovedor, vea –dice Firmenich, y muestra esos dientes saltones, que parecieran no acomodarse nunca en su boca–. Los enemigos de ayer son los aliados de hoy.

–¿Qué hay de malo en eso? –dice Aramburu–. En política hay que tener grandeza. Los grandes hombres...

–No diga tonterías –se exalta Fernando–. Usted no es un gran hombre.

–Jovencito, no olvide con quién está hablando.

–Sé muy bien con quién estoy hablando.

–Exijo respeto. Soy el general Aramburu. Claro que saben con quién están hablando. De ustedes, en cambio, ni siquiera sé si les dicen Juan o Pedro.

–Ni lo va a saber.

–Volvamos a la cuestión de su democracia –dice ¿Julio? ¿Por qué no? Si es un compañero, si está aquí, algo ha de haber dicho. Es una tercera voz: Fernando, Firmenich y él. De tanto en tanto, cuando regresa, Ramus. No podemos desperdiciar a Julio. Ha hecho, por de pronto, retornar el diálogo a su cauce: la democracia. Veamos qué dice Aramburu. Algo inesperado. Sorprende a sus interrogadores:

–Díganme: ¿y Perón? ¿Es un gran hombre?

–Perón es un gran líder de masas. Hay que tener grandeza para serlo. El pueblo no elige a líderes de barro –dice Fernando.

–Disiento con eso. El pueblo se equivoca. ¿Tienen un cigarrillo?

–¿Usted fuma?

–Cuando me están por matar, sí.

–Nadie dijo que lo vamos a matar.

–Entonces olvide lo del cigarrillo.

Fernando se pone en pie y camina lentamente alrededor de la mesa. La comida ha terminado. Probablemente se alargó más de lo razonable. Pero hay algo que no quiere dejar pasar.

–Muy de usted decir que el pueblo se equivoca –dice–. Muy de alguien acostumbrado a gobernar sin el pueblo. O contra él.

–Nos llevaría lejos esa discusión.

–¿Tiene apuro?

–¿Qué cree? Nadie sabe nada de mí. Mi pobre mujer, por ejemplo. ¿No piensan en ella? ¿No existen los demás para ustedes? Debe estar desesperada.

–Volvamos adentro –dice Fernando.

4

Otra vez Aramburu está sentado en la cama. Así, en mangas de camisa, con el cansancio de la jornada en la cara, las arrugas que le marcan esos surcos profundos, sobre todo las dos que le salen de las comisuras de la boca hacia abajo, las dos que le dibujan ese gesto de amargura. Con los ojos tristes, con los pantalones arrugados, así, no parece Aramburu. Pero lo es. Y todo lo que está ocurriendo en la estancia La Celma y todo lo que habrá de ocurrir es por eso, porque lo es. Y aunque lo quiera, aunque cada vez con mayor certeza crea que serlo será morir, no tiene retroceso, no puede dejar de serlo.

–Perón no va a arreglar nada con usted –dice Firmenich.

–Si ustedes me matan, no.

–Habla más de la muerte usted que nosotros.

–Muy simple: si alguien tiene que morir de los que estamos aquí, soy yo. Estoy solo. No tengo armas. –Cambia de tema. Como si no le interesara hablar de algo tan evidente. Dice–: ¿De dónde

sacaron que Perón no va a arreglar nada conmigo?

–General, la democracia que usted propone es la burguesa –dice Fernando–. La democracia del régimen. El peronismo no es el régimen. Ustedes nunca lo van a poder integrar. Para hacerlo tendrían que negarse a sí mismos. Que desaparecer. Usted representa a las clases poseedoras. Perón, a los explotados. A la clase obrera. No hay arreglo posible.

–Perón hizo ese arreglo. Durante su primer gobierno los obreros y las clases altas convivieron. Después, perdió el rumbo.

–Justamente –dice Firmenich–. Porque el rumbo no es la conciliación. Ahora Perón lo sabe. El único rumbo es el de la revolución nacional antiimperialista. La destrucción de la oligarquía y del Ejército cipayo. No hay otro rumbo, general.

–¿Perón les dijo eso?

–Todavía no hablamos con él –dice Julio. ¿Tendrá autoridad como para revelar algo así? Difícil. Será más acertado darle esta línea a Fernando.

–Todavía no hablamos con él –dice Fernando.

–A mí no me dijo eso. Igual, ya sabemos cómo es Perón. Si hablan con él, les va a decir lo que ustedes necesiten oírle decir.

–¿También hace eso con usted?

Aramburu lo piensa. Se rasca la nariz. De pronto, estornuda. Se pasa una mano por la cara.

–Es posible. Pero si yo lo echo a Onganía. Si monto un gobierno de unidad nacional. Si lo llamo a Perón, él viene.

–Por eso usted es tan peligroso para nosotros, general –dice Firmenich–. Si logra lo que dice, el peronismo como fuerza revolucionaria muere. Porque es cierto: Perón tiene sus años. Y si le ofrecen el desagravio. El uniforme. Y elecciones limpias, por ahí se viene. Y consolida la democracia del régimen. Estamos aquí para impedir eso.

–El pueblo no quiere un peronismo de saco y corbata –dice, ahora sí, Julio–. Quiere un peronismo que haga la revolución. Como Evita lo pidió.

–¿Puede preguntarles algo? –dice Aramburu. Todos, muy seriamente, siguen mirándolo. Aramburu se siente autorizado–: ¿Cómo saben ustedes lo que quiere el pueblo? ¿Por qué hablan en su nombre con tanta certeza? Si esta estancia es de alguien de ustedes, les comunico que el pueblo no tiene estancias. Y que ustedes no son parte de él.

–Eso es una estupidez, general –dice Fernando, ofuscado–. Nosotros somos un grupo de vanguardia. Ni Lenin ni Trotsky ni el Che eran proletarios. Pero sabían lo que el pueblo quería. Porque, a diferencia de usted y los suyos, lo escuchaban, sabían de sus sufrimientos, de la explotación a que ustedes lo someten. Ese discursito que se nos endilga a los que tenemos más de diez pesos en el bolsillo, que dice que no podemos entender al pueblo porque no somos pobres es una infamia. Y una tontería.

–Creo que este es un diálogo de sordos –dice Aramburu, fatigado por primera vez.

–Es posible –dice Firmenich–. Pero sepa esto, general: no habrá democracia del régimen. No habrá peronismo de saco y corbata. No van a integrar nunca al peronismo. El peronismo y el régimen no van juntos. Siempre los obreros van a pedir salarios que ustedes no quieren o no pueden pagar. Que no puedan es sólo un modo de decirlo. Poder, pueden. Lo que no pueden es reducir los márgenes de ganancia. La gula capitalista.

Aramburu se recuesta contra la pared. Lamenta no haberlo hecho antes. Ahora estaría menos cansado. Se lo impidió esa dignidad que los militares depositan en todo lo erecto. Firmes, vista al frente, fusil al hombro, mirar la bandera, arriba, en lo más alto. No doblarse jamás. Usar calzoncillos de dos medidas menos: aprietan bien los huevos y uno alza la cabeza, eleva la mirada. Como Belgrano junto al Paraná. Y por eso tenemos bandera.

–Lo que daría por tenerlo aquí a Perón –dice, inesperadamente, Aramburu.

–Nosotros también –dice Firmenich–. Si lo secuestramos fue para eso: para traerlo a Perón.

–No me interprete mal –dice Aramburu–. Yo digo tenerlo *ahora*. Aquí, entre nosotros. Podríamos hacerle un par de preguntas. O dos. Solamente dos. Por ejemplo... –Se detiene. Es visible que busca encontrar la formulación perfecta de las dos preguntas. No es fácil. Le cuesta tramar la pregunta de sus captores. Lleva horas escuchándolos. Algo aprendió de su lenguaje. Sabe que no son marxistas, ni comunistas. Son peronistas. Son cristianos. Y también –y esta faceta lo desconcierta, porque a veces le da esperanzas, pero otras se las quita por completo– son idealistas. No son mercenarios. No obedecen a nadie. No son gente de Onganía ni de Imaz. Eso es impensable. Son demasiado finos, se los ve cultos. Sus familias han de ser gente honesta, gente de las clases altas. Pero el idealismo es la fuerza secreta de los fanáticos. No hay más grande idealista que un fanático. Nadie, como un fanático, encarna la certeza, el deber íntimo y la legitimación de matar.

–¿Por ejemplo...? –se impacienta Firmenich.

–Ustedes le preguntarían: General Perón, ¿quiere ponerse al frente de una revolución nacional? ¿Quiere enfrentar definitivamente a la clase obrera peronista con la oligarquía? ¿Quiere romper relaciones con los Estados Unidos? ¿Quiere...?

–Son muchas preguntas –interrumpe Fernando.

–Es una sola: ¿quiere ponerse al frente de una revolución nacional? Perón sabría entender qué significa eso.

–¿Qué le preguntaría usted?

–Perón...

–Empezó mal. No le restituyó el cargo.

–Perón y yo nos conocíamos. Yo le decía *Perón* y él *Aramburu*.

–Digamos que sí. Siga.

–Perón, ¿quiere ponerse al frente de una democracia legítima, consagrado por el voto libre de toda la ciudadanía, con su traje de general y liberado de todos los cargos que se le han formulado?

Raro, Aramburu sonríe y los mira con aire de vencedor. Los montoneros no demoran su respuesta.

–Usted no lo conoce al general –dice Fernando–. Sabe muy bien que hoy el pueblo sólo lo seguiría si se pone al frente de una revolución antiimperialista. Hoy, él representa eso. Le guste o no, eso es lo que tiene que hacer. América latina vive horas revolucionarias. La Revolución Cubana, general. Ningún líder popular puede ofrecer menos al costo de negarse como tal. No somos tontos. No importa lo que piensa Perón. Importa lo que objetivamente representa y lo que va a tener que aceptar. Hoy, nadie puede ser Perón y no ser un revolucionario. Porque eso esperan el pueblo y la Historia de él.

–¿Un nuevo Castro?

–Pero argentino –dice Firmenich–. La revolución ha ido muy lejos en América latina. Si Perón vuelve tiene que sumarse. Con su historia, con el amor que le tienen las masas, no le queda otra. Y créame, general: eso es lo que va a hacer. Porque es vivo. Porque es un artesano de la Historia. Trabaja con los materiales que tiene. Lo que ahora tiene es un pueblo y una ideología incontenible: el socialismo.

–Ustedes no lo conocen a Perón.

–Es usted el que no lo conoce –dice Firmenich–. Y lo entendemos. No puede sino mirarlo con su pequeña ideología de milico. De hombre de orden.

Aramburu sonríe. Es como si supiera algo que esos jóvenes no pueden sino ignorar. Por eso: porque son jóvenes. Por algo más: porque no son militares. Y por último: porque nunca tuvieron un mano a mano con Perón. Un diálogo en la quietud de un casino de oficiales, al atardecer, cuando ellos, los militares, de tan temprano que se levantan, ya empiezan a tener sueño.

–Oiganme bien, y después hagan lo que quieran. Yo, el gorila Aramburu, no soy ni la mitad de milico que es Perón. Puede que mi ideología sea más pequeña que la suya. Perón es el tipo del milico inteligente. Dio clases en la Escuela de Guerra. Leyó bien a Clausewitz. Pero es más anticomunista que yo, lo juro. Y el orden le gusta como a todos nosotros. Como a todos los militares. Somos hijos del orden y nos educan para defenderlo. Si quieren, me creen. Si no, prepárense para sorprenderse.

El 31 de mayo fue el último día del juicio. Aramburu sabía que sólo restaba un tema. El más difícil. El que más miedo le metía.

Fernando Abal Medina dijo:

–Hablemos de Eva Perón.

(Continuará.)

Nota: Esta aclaración nada tiene que ver con el relato. Y hasta acaso sea por completo innecesaria. Creo, sin embargo, que no introduje adecuadamente esta *nouvelle*. No dije algunas cosas que ahora voy a decir. Si alguien se ha sorprendido por el pasaje del ensayo a la narración ficcional tiene sus motivos. Como sea, siempre aclaré que este ensayo pretendía ser una novela teórica. Aquí alcanza su punto hegemónico la esfera ficcional. No podía ser de otro modo. O era el lugar para hacerlo. Nadie sabe cómo fue el crimen de Timote. Todos los ensayistas nos basamos en un texto que apareció en la revista *La Causa Peronista*, revista de la Organización Montoneros, el 3 de septiembre de 1974. Era su N° 9. Era un texto oportunista. La revista buscaba ser clausurada por el régimen de Isabel-López Rega. Con lo cual lograba dos cosas: mostrar el carácter represivo del régimen (para lo cual no era necesario esforzarse mucho) y abonar la decisión del pasaje a la clandestinidad. Esto raramente se marca. Pero la decisión de Montoneros fue: si contamos lo de Aramburu no van a tener más remedio que prohibirnos. Si nos prohíben, se justifica la imposibilidad del trabajo de superficie y la necesariedad de la opción de la lucha clandestina. Así fue. Nunca más salió *La Causa Peronista*. Este aspecto político coyuntural ya echa sombras sobre la verosimilitud del relato, construido con otros fines que los de la contribución a la verdad histórica. El texto aparece como un relato de Norma Arrostito y Mario Firmenich: “Mario Firmenich y Norma Arrostito cuentan cómo murió Aramburu”. Luego, Arrostito renegaría de su participación. Lo más probable, entonces, es que la misma haya corrido por parte de Firmenich. El mayor “error” que se le suele encontrar fue mencionado: Aramburu no puede decir “Proceda” si está amordazado. Se trata de algo sin importancia. Firmenich pudo haberse distraído. Me interesa lo siguiente: si lo único que tenemos es el relato de Firmenich, ¿por qué someternos a él? *¿Por qué creerle a Firmenich?* ¿Dijo la verdad o dijo sólo lo que tenía que decir para que la publicación fuera prohibida? Decidimos, entonces, ofrecer *nuestra* versión de la tragedia de Timote. Escribir la *nouvelle* que se está leyendo. De ella pueden estar seguros acerca de su falsedad. Pero la ficción es un arma poderosa para crear verdades por medio de mentiras. Todo es mentira porque nada puede ser verificado. Pero, ¿es verosímil? ¿Pudieron los hechos ocurrir de ese modo? ¿Podemos pensarlos desde ese punto de vista? Lo que se dicen sus protagonistas, ¿responde a lo que ellos fueron en la llamada “realidad”? ¿Nos los ilumina de un modo inesperado? Tal vez ni Fernando Abal Medina ni Aramburu dijeron una sola palabra de las que dicen en este relato, pero ¿pudieron haberlas dicho? Aquí es donde la ficción entrega riquísimos materiales. El riesgo es grande. El mayor es poner en boca de los protagonistas frases que jamás habrían podido decir. Pero si logramos poner alguna que sí, alguna que podrían haber dicho y no dijeron, ¡qué triunfo! Tendríamos algo más valioso que un documento: un fragmento de vida, una situación nueva y verosímil que merece ser pensada, otra luz donde creíamos que ya no era posible ninguna. En eso estamos. De todos modos, al terminar escribiremos unas *Apostillas* a “*El secuestro de Aramburu*”. Trataremos de ahondar más en las líneas que el relato propone. Ojalá sea posible.

Colaboración:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PROXIMO DOMINGO

El secuestro de Aramburu (IV)